

La noche del sábado es fiesta en el barrio. Es el tiempo del drenaje de la semana: las colas, los trabajos mal remunerados, los nervios, el ahogo de cada momento, tantos peligros y cansancio... esa noche del sábado es para la música, para olvidar, para el bonche, la alegría y los tragos, los amigos y los compadres. Es la noche de la fiesta, de la jeva, de la calle y el pickó. Demasiado dura ha sido la semana y más difícil será la siguiente. Volver a empezar, una y otra vez.

En los últimos tiempos, la noche del sábado se ha convertido en una amenaza. Las madres encienden una vela por el hijo que está en la calle, el desvelo hasta que el muchacho no llega a la casa. Cualquier ruido y un sobresalto. "Que no le pase nada. Diosito mío". En los últimos años la noche del sábado es miedo, mal augurio, devoradora de hijos del barrio. La prensa del lunes vociferará en cifras de indiferencia la larga lista de jóvenes heridos por la muerte. Nos llamarán al velorio, al novenario, donde las coronas de los amigos, los panas, la familia serán los testigos mudos de esta muerte rutinaria.

El Barrio José Félix Rivas de Petare, en la zona 6, la Montañita, conoce los esfuerzos de hombres buenos que vienen luchando con las armas de la paz y del diálogo para una sana convivencia. "Ya está bueno de que nos sigamos matando", denuncian ante tanta balacera, tanto descuido, tanta ceguera. Son los hijos del pueblo contra los hijos del pueblo. Estos hombres buenos sienten fuertes tentaciones de cansancio, de abandonar el barrio, de abandonar el esfuerzo. No hay resultados... Y con timidez vamos reconociendo, casi no nos atrevemos a decirlo, que se va ganando la batalla, que bajó la tensión, que hay más entendimiento y que desde hace unas cuantas fechas no se oyen las pistolas de la noche del sábado.

José Blonder, Chicho, esa noche se fue a dormir pronto. Estaba demasiado cansado. A él también le gusta su rumbita, y la noche del sábado la disfruta con la pasión de sus 22 años, pero esa noche se despidió de sus amigos y su mamá se alegró al verlo tan pronto en casa.

A las 9,30 p.m. del sábado 22 de Febrero empezó la balacera. Un grupo de jóvenes se siente atrapado. Ha sido todo demasiado rápido. Llegaron "los de la otra zona" y les cayeron a plomo. Heridos de bala han caído Francisco y Caty. Todo es confusión, carreras, gritos y la sangre de los heridos ha terminado la fiesta.

Se corrió el rumor de que uno de los pistoleros tenía una camisa azul. Y Chicho fue visto con una camisa azul. "Fue Chicho quien disparó". El día 28 de Febrero José Blonder se presentó a la PTJ de El Llanito ante el rumor que le involucra. Fue a preguntar si estaba denunciado y le confirmaron que sí, que efectivamente estaba sindicado de haber disparado contra el grupo en la fiesta del sábado pero que volviera a presentarse el día lunes, 8 de Marzo, a las 8 a.m.

Así lo hizo. Y quedó detenido, preso hasta

el lunes 15 de Marzo, a las 5,45 p.m. en la sede de la PTJ de El Llanito.

Después que Chicho me cuenta todo lo sufrido en esa semana, le pregunto qué piensa, cómo se siente... "Creo, P. Matías, que es mejor morir que estar preso y sufrir lo que yo he sufrido".

Estos funcionarios de la PTJ tienen programado "su trabajo", en distintas sesiones de intensidad, variedad de golpes, zonas del cuerpo. A Chicho le encerraron en un cuartico pequeño sin ventanas. Cuatro policías le esposan, le golpean en el estómago, le dan puntapiés, con un tubo de hierro le lastiman en los tobillos, las piernas. "Confiesa", le gritan. "Fuiste tú", insisten. "Yo soy inocente, estaba en la casa, tengo testigos" es lo único que acierta a confesar.

Los cuatro funcionarios se van turnando. Uno le esposa, el otro le coloca la bolsa de plástico en la cabeza, un tercero le rocea con Baigón en la nariz, los ojos, la boca y termina el cuarto atándole por el cuello. Las manos, atrás, esposadas. Chicho siente que se ahoga. No puede respirar. Jadea, intenta salirse pero no puede. Los golpes siguen. Golpes de todas clases. "Si vas a cantar, mueve la cabeza y te soltamos" le increpan. Chicho mueve la cabe-

LA TORTURA

Matías Camuñas

za. Va a decir la verdad... Los policías le desatan la bolsa. "Yo no se nada, no se de quién es esa pistola, yo estaba en mi casa", es la confesión de Chicho.

El maracucho, uno de los funcionarios, se llena de rabia. Y ahora se repite la sesión con más saña. Vuelven los golpes, vuelve la bolsa y Chicho es rociado con el gas de bomba lacrimógena. Le han apretado tan duro al cuello que esta vez sí, esta vez Chicho se siente morir. Sabe que no saldrá vivo. Ve en la cara de los funcionarios la misma muerte. Cuando está a punto de desmayarse, vuelve a mover la cabeza. "Esta vez sí, esta vez cantará el pajariño" comentan los PTJ, sonriendo por la victoria lograda apenas con un par de bolsas al cuello y unos cuantos golpecitos. "Yo no se nada, soy inocente". Chicho está obstinado con la verdad. Es la confesión que puede hacer, es la verdad. (Después se enterará que la confusión viene por la camisa azul).

Chicho está muy lastimado. Ha sido muy fuerte el castigo, ha sido una tortura bien refinada. Los funcionarios observan que el joven es fuerte en su confesión pero está debilitado por los golpes. Y le rocían con un extinguidor de fuego. "Qué sensación de frío, sentí helado mi cuerpo", recuerda ahora.

Todas las noches a "uno lo joden a golpes. Y en la mañana". Y ¿por qué?, le pregunto.

"Porque eso les gusta, porque sí", acierta a responderme Chicho. (Me recuerda esta respuesta el comentario que me hizo un funcionario Disip, que estaba "custodiando" a los sobrevivientes de El Amparo. Después de un día en el litoral —funcionarios, sobrevivientes y nosotros, los sacerdotes—, me confesaba que se sentía mal, porque ese día "no había jodido a nadie")

Cuando el joven herido, Francisco, se enteró de que Chicho estaba detenido y acusado de ser el autor de los disparos, mandó a retirar la denuncia. "Chicho es mi amigo, estudiamos juntos, él no fue", y así pudo escapar del infierno que la PTJ tiene montado en El Llanito. Aún le quedan los chichones en la cabeza, producto de los golpes con el candado. Aún le quedan las huellas de tanto dolor. Chicho ha estado comiendo con las manos —no se aceptan cucharas—, la comida no existe, no dan comida, sólo comes lo que te lleva la familia. ¿Y quien no tiene familia que le visite? "Bueno, entre los que tenemos, le damos un poco y compartimos. ¡Y nunca nos daban agua! Algunas noches no podía dormir en el suelo de tantas personas que estábamos en ese cuartucho pequeño...".

Al volver al trabajo, Chicho pensaba que sería botado por faltar esa semana. Y se ha encontrado con su jefe, buena gente, que no lo botó. Todos los días cuando se faja con la madera y la lija en el taller de carpintería, recuerda la experiencia vivida. "Eso es un crimen", "eso no se hace con un hombre", termina Chicho, mientras se despide. Va a una diligencia y a la semana que viene nos encontraremos de nuevo. "Yo estoy dispuesto a decir lo que me hicieron para que eso no siga".

José Blonder, de 22 años, fue torturado en la PTJ de El Llanito durante los días 8 al 15 de Marzo del presente año. Esta declaración la entregaré a la Fiscalía General de la República. Es fácil averiguar qué funcionarios estaban de guardia. Queremos seguir creyendo en la voluntad de depurar a estos cuerpos de los funcionarios que, cobardemente, torturan a humildes muchachos de los barrios de Petare.

Pienso que la sociedad civil está amenazada por esta clase de funcionarios. Son los mismos que llenaron el Hospital Pérez de León de bombas lacrimógenas poniendo el peligro de muerte a muchos enfermos, son los mismos que hieren en el cuello a la periodista con un corte de peinilla o los que secuestran una ambulancia para tirotear la sede de la FCU en la Universidad, o los que maltratan a Chicho... Los que viven de la impunidad alimentada por el poder Ejecutivo, Legislativo y Judicial. De ahí que la transformación ha de ser de raíz, profunda y no esta parodia de cambio que quieren presentarnos los señores congresistas y la clase política.

Seguiremos acompañando a Chicho, en la esperanza de que en este nuevo país que se está construyendo desde abajo no tenga vida la tortura.